



La PÉRDIDA DEL TIEMPO

Alberto López Sánchez

Archivista, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Es una historia recurrente, pero no por ello menos molesta que cualquier otra. Hace más de una hora que salió del trabajo, junto con sus compañeros limpió toda la cocina, recogió sus cosas y se despidió, con la rapidez de aquel que quiere llegar a su casa para disfrutar de un muy merecido descanso. No es de menos, todo el día del tingo al tango: en la mañana la escuela y en la tarde el trabajo.

“Por fortuna —él pensaba— la parada del camión no se encuentra lejos del restaurante”. Son las 7:00 p. m., el servicio de camiones deja de estar activo aproximadamente a las ocho, eso si algún conductor enfadado no decide saltarse la ruta para llegar más temprano a su casa, a fin de cuentas, todos queremos descansar. Como sabe que en ocasiones hay que esperar, siempre lleva con él un libro. En esta ocasión había escogido *Hija de la Revolución* de John Reed, un libro corto que consiguió con muy buen descuento en una librería de usados, así que pensaba poder adelantarle entre la espera del camión y la llegada a su casa, una simple cuestión de adentrarse en la lectura.

Pasó el tiempo como las páginas. Comenzó a desesperarse al ver el reloj que ya marcaba las 8:25 p. m., a lo lejos no veía ni la más mínima parte de un camión, no se veían sus luces, el color azul de su exterior, ni a las personas con cara de enfado que están de pie en el pasillo. Pudo percatarse de que a su alrededor habían comenzado a llegar otras personas, no las había visto por estar metido en su libro: un viejo albañil que estaba recargado sobre una pared para evitar caerse por el sueño; una señora con su hijo en brazos, impaciente por llegar a su casa; y dos estudiantes de secundaria hablando a todo pulmón del nuevo episodio de *One piece*.

No podía concentrarse otra vez en la lectura, tanto la desesperación debido a la hora como el ruido de la conversación sobre los sombreros de paja lo hacía completamente inviable, así que de manera natural su mente comenzó a divagar sobre todo lo que podría estar haciendo en

su casa en ese momento. Quizás podría estar jugando con alguno de sus gatos, después de todo les había comprado nuevos juguetes, como ese dinosaurio de peluche que tanto les había gustado; también podría terminar de escribir esas cartas para su amiga, en las que revelaba solamente lo suficiente de sus sentimientos, esperando que con eso ella notara lo que su ausencia provocaba en él; o bien estaría escribiendo ese ensayo sobre la representación de la Guerra de Vietnam en las historietas norteamericanas, después de todo ya se había pasado semanas chutándose casi una treintena de números de The 'Nam de Doug Murray y leyendo bibliografía sobre estudios de la historieta.

Al final todo lo que pensaba se aglomeraba alrededor de un solo problema: el tiempo. Hacía falta un espacio para todo aquello que lo esperaba en su casa. Todos los seres humanos tenemos las horas de nuestras vidas contadas, pero no decidimos lo que hacemos con ellas, todo ese tiempo valiosísimo nos es arrebatado por cosas como esperar un camión. Él estaba seguro de que tanto el albañil como la madre con su hijo y los niños de secundaria tendrían cosas que hacer: descansar, convivir con su familia o hacer trabajos de la escuela, todo ello les era arrebatado por esperar un camión del que no se tiene certeza sobre su hora de llegada.

Volvió a mirar el reloj, las 8:45 p. m. Se levantó de la parada y comenzó a mirar hacia la parte más lejana que le permitía la oscuridad de la noche, veía las luces de algunos carros, pero no las de un camión. Comenzó de nuevo a desesperarse, en su mente contaba las opciones que tenía en caso de que no pasara el camión, pero estas eran nulas, no podía tomar un carro de plataforma porque llevaba contadito el dinero para su pasaje (la dura vida del estudiante trabajador), tampoco podía llegar caminando porque vivía hasta la otra punta de la ciudad y sabía que ciertas partes del trayecto eran peligrosas..., la situación se veía cada vez más difícil.

Pasaron los minutos, ya eran las 9:38 p. m. cuando de pronto, a lo lejos, vio la tan esperada ruta que lo llevaría a su casa. Era un camión de los nuevos, la parte exterior era brillante, y el conductor iba completamente protegido por una puerta de un plástico transparente. Rápidamente, todos los que estaban en la parada levantaron el brazo lo más que podían para que el chófer los viera y detuviera la unidad, a él se le figuraba que así deberían sentirse los heroicos rescates en las historias de aventuras, solamente que este caballero llevaba por armadura

un uniforme obligatorio compuesto por una camisa de vestir blanca con su pantalón negro, y su caballo tenía un logo de la Mercedes-Benz.

El chófer se detuvo justo enfrente de ellos, él dejó pasar primero a los niños y a la señora que iba con su hijo (nunca hay que perder los modales), luego hubo una breve charla con el señor para decidir quién subiría primero, cayendo la suerte a favor del cansado albañil. Había llegado su turno de subir, por fin podría llegar a su casa para realizar todas aquellas cosas que lo estaban esperando, por un momento bendijo al transporte público de su localidad, que era el vivo ejemplo del: “Mejor tarde que nunca”.

Extendió su mano hacia el chófer por encima de la puerta de plástico que lo cubría para entregarle su dinero, cuando de pronto este le dijo:

Sólo pago con tarjeta— mientras le señalaba la salida con una expresión de molestia.